

---

## NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD.

---

*Idcirco ego plorans... quia longe factus est à me consolator: facti sunt filii mei perditii, quoniam invaluit inimicus.*

Por eso yo estoy llorando... porque se ha alejado de mí el consolador: mis hijos se han perdido, porque prevaleció el enemigo.

(JEREM. LAMENT, I, 16.)

No tengo necesidad, cristianos, de explicar los motivos que han hecho convertir en un triste luto las preciosas galas de la Iglesia: vosotros sabéis muy bien, que la Madre del Eterno, del Omnipotente, del Unigénito de Dios, la causa de nuestro júbilo, como la llama la Iglesia, el apoyo más firme de nuestro consuelo y de nuestra confianza; María, vestida de luto, oprimida de dolor, desfigurado su rostro, sumergida en un profundo abatimiento, lánguidos sus ojos, é inhumanamente atravesado su corazón al recuerdo de lo que ha perdido en su amado Hijo; María, constituida en la más cruel y terrible angustia, considerando al Salvador del mundo afrentosamente muerto y trasladado al sepulcro, es el objeto que hace cambiar en demostraciones de dolor y de consternación los festivos cánticos de las solemnidades religiosas.

Y á la verdad; ¡qué situación tan amarga para la más delicada de las vírgenes, para la más tierna y amante de las madres! Fijemos, cristianos, la consideración en esta circunstancia, la más crítica de la vida de esta Señora, y tratemos de acompañarla y consolarla, en medio de tantas angustias. Pongámonos á su lado, luego que los piadosos amigos, arrepentidos tal vez de haber colocado en sus brazos el cadáver enteramente desfigurado de aquel Hijo divino, que ántes había sido todas sus delicias, todo su tesoro, todo su honor, toda su gloria, se lo arrebataron para depositarlo en el sepulcro. No

veremos correr por sus mejillas las lágrimas como corrieron por las del Salvador al acercarse al sepulcro de Lázaro; pero, en la vehemencia de su dolor veremos demostrada la ternura con que le ama, y la justicia con que exige de nosotros una reconocida correspondencia; y oiremos de su misma boca, que si bien la ausencia de su Hijo atraviesa fieramente su alma, la causa principal de su dolor es, porque la muerte inhumana la ha arrebatado á su adorable Jesús, en quien estaba cifrado todo su consuelo; y porque las potestades infernales le arrebatan continuamente los hijos que debieran sufrir la ausencia de aquél. De estas palabras podemos inferir la parte tan considerable que nos cabe y que debemos tomar en las angustias de María.

Pidámosle nos alcance de su Hijo la gracia de conocer el motivo, porque le fué tan amargo este cáliz, para que podamos imitarla en el heroísmo de su caridad. *A. M.*

Yo no puedo saber en qué se funda la opinión del padre san Gregorio, respecto á la sensación que hacen los golpes imprevistos. Es verdad, que cuando de antemano se nos han anunciado, está preparado el ánimo y libre por este medio del golpe de una sorpresa, que suele ser mortal á las veces; pero no lo es ménos, que si el mal que nos amenaza es inevitable, su anticipado conocimiento anticipa también el dolor; y que esta misma prevision suele hacernos conocer más individual y circunstanciadamente los bienes de que vamos á ser privados, amarlos más intensamente, y hacer por este medio más sensible el dolor que nos causa su pérdida.

Desde que María Santísima presentó en el Templo de Jerusalén al niño Jesús, supo ya con toda seguridad la triste suerte que á Ella y á su querido Hijo les estaba preparada; y ¿quién sabe, si se le comunicaría este funesto acontecimiento al anunciarle su gloriosa maternidad? Desde aquel momento no dejó de atravesar su amante corazón un cuchillo, tanto más cruel, cuanto más vehemente era el amor que profesaba al Hijo de sus entrañas; porque esta misma dolorosa prevision la precisaba á considerar más detenidamente sus prendas singularísimas, sus gracias extraordinarias, sus relevantes cualidades, que cuanto le hacían más apreciable á sus ojos, tanto más acrecentaban el dolor de haberle de perder un día; de suerte, que convirtiendo esta funesta nueva en acibar amarguísimo todos los consuelos y delicias de su vida, ni la libraba del pesar, ni hacía ménos dolorosa la necesidad de apurar hasta las heces este cáliz



amargo. ¡Ah! no por esto había de serle ménos sensible aquel furioso golpe.

Lo tenía previsto, sí; su alma estaba preparada: tal vez jamás se apartó de su memoria la profecía del viejo Simeon. Resignándose con la mayor humildad á los decretos soberanos de la voluntad de Dios, y adorando la justicia de su sábia providencia, habría repetido mil y mil veces las memorables palabras de su adorable Jesús: *hágase tu voluntad, y no la mía*; mas, aún no había recibido el golpe verdaderamente terrible: consideraba muy distante la pérdida de aquél que tenía á su vista.

Yo no sé qué género de esperanza nos anima, cuando se trata de personas que nos interesan: por más seguridades que nos den los facultativos de la proximidad á la muerte; por más señales que percibamos nosotros mismos, el amor, la pasión, el deseo de su vida nos infunde una especie de esperanza, que á lo ménos sirve de consuelo ó de lenitivo á nuestro dolor. Aún verificada la muerte todavía no llega á su colmo el sentimiento; la vista del cadáver es suficiente á engañar nuestro amor, y nos daríamos por satisfechos con que nos dejarán gozar más tiempo de su presencia. Pero, el canto fúnebre viene á herir nuestros oídos, anunciándonos al mismo tiempo, que vá á ser arrancado de nuestra compañía para no volver á verlo más: entónces el dolor llega al último extremo; las lágrimas, los gemidos interrumpen nuestra silenciosa meditacion; la calma en que yacíamos como adormecidos, es reemplazada por la inquietud, por la zozobra, por la desesperacion.

María, instruida del sacrificio que ha de ofrecerse al eterno Padre de la sangre y de la vida de su adorado Unigénito, cree con firmeza lo que se le anuncia; pero en tanto que no llega el momento de verse sola, aún al tiempo de verificarse la muerte, no desconfía, ántes la consuela la reflexion de que tal vez le suceda lo mismo que al patriarca Abrahán, que levantado ya el brazo y dispuesto á descargar el mortal golpe sobre su inocente Isaac, vió con el mayor placer realizadas sus esperanzas, de que á pesar de todas las apariencias se conservaría su preciosa vida. Llega el terrible momento en que espira su amado Jesús en una cruz afrentosa; mas, como todavía le veía en su presencia, y, principalmente, habiendo depositado en sus brazos los piadosos amigos el sagrado cadáver, se forma mil ilusiones, con que procura hacer ménos terrible su situacion; pero, cuando se lo arrebataron para conducirlo al sepulcro y ocultarlo á su vista, ¡ay! ¿qué lengua podrá declarar, qué imaginacion será

capáz de figurarse las angustias, el desconsuelo, el insoportable martirio que sufrió su amorosísimo corazón?

Glorioso Arcángel, descendié nuevamente, pero no le recuerdes, como en otra ocasion, que es llena de gracia, porque al presente tiene sobre sí todo el peso de la culpa: no le digas que Dios está en su compañía; ¡ay! eso sería una especie de insulto para una madre, que está llorando la pérdida de un hijo, cuya preciosa vida ha terminado en su presencia, y cuyos sagrados despojos se le acaban de arrebatarse, para ocultarlos entre la oscuridad del sepulcro. Desciende, pues, á consolarla en su inmensa afliccion, á fortalecerla en su extrema congoja, á evitarle el fiero pesar de buscar inútilmente á su Amado.

No, Madre amorosa, no os molesteis tendiendo la vista á todas partes; el objeto en que pretendéis saciar vuestros ojos, está oculto en las entrañas de la tierra; buscadlo en vuestra imaginacion; pero tened entendido, que en ella descubriréis cuanto conduzca á acrecentar hasta lo sumo vuestro desconsuelo. Las innumerables entradas que abrieron las espinas en aquel sagrado cerebro, pondrán de manifiesto el tesoro infinito de la sabiduría eterna que tenía allí oculto la diestra del Altísimo. Los ojos ya oscurecidos y cerrados á la luz os recordarán, la facilidad con que penetraba los senos más ocultos del corazón, y los misterios escondidos en el profundo abismo de la eternidad. Los labios cárdenos ya é inmóviles, os le representarán como pronunciando aquellas palabras eficacísimas, á cuyo eco desaparecian las enfermedades, restituian sus presas la muerte y el sepulcro, se retiraban vencidos y desesperados los infernales espíritus, y las almas pecadoras recobraban la hermosura de la gracia, el brillo de la virtud y el derecho á la bienaventuranza. La sangre, las salivas y bofetadas que habian desfigurado su rostro divino, retratarán con los más vivos colores aquella hermosura, en que excedía sin comparacion á todos los hijos de los hombres, y cuya amable vista hacía suspirar ansiosos á los mismos ángeles. Las manos os dejarán ver, por entre las heridas de los clavos, la virtud de la omnipotencia que se había depositado en ellas. El cuerpo todo acardenalado, cubierto de sangre, deshecho, marcado con tantos y tan infames sellos de la afrenta, de la ignominia, de la infamia, de la maldicion, del pecado, de la muerte, os recordará con la mayor viveza, ser el anunciado en tantas profecias, el prometido por el Criador para remediar los males de todas las criaturas, el esperado con tan vivas ansias de todos los patriarcas, de todos los justos, de todos los mortales, como



el único que había de sacarlos del estado de miseria en que yacían. Digámoslo de una vez: todo os recordará, os demostrará, os hará palpar, la pérdida irreparable que nunca, nunca podrá ser dignamente llorada; la pérdida de vuestro Hijo, que lo era al mismo tiempo del eterno Padre; la pérdida del Unigénito de Dios, del sumo bien, de la misericordia infinita, del infinitamente perfecto.

¿Qué extraño, cristianos, que constituida en tan lamentable situación, diga con Jeremías: *¿por eso yo estoy llorando, porque se ha alejado de mí el consolador?* ¿Qué extraño, si el dolor que la aqueja, es el más intenso, el más cruel, el más insoportable? Reñansé todas las criaturas angustiadas y perseguidas de la desgracia; compárense sus males, sus pérdidas, con los males y la pérdida de María; ¡oh! la comparación sería una especie de blasfemia. ¿Qué es lo que todas ellas pueden perder comparado con lo que ha perdido María? María ha perdido á todo un Dios. El mundo entero, con todos los seres que lo componen, millones de mundos más perfectos que él, todo es ménos que un átomo imperceptible, todo es una verdadera nada en su presencia, nada es capaz de suplir su falta por un solo momento. El tierno corazón de la más amante de las madres experimenta un vacío inmenso, un vacío que nada será capaz de llenar: su alma, embriagada de amor, sufre una aflicción extremada; y en ninguna otra cosa puede hallar consuelo sinó en el mismo bien que ha perdido. ¡Ah! su alma había sido criada para solo amar á su Dios; y para que nunca se disminuyese su amor, fué siempre santa, aunque unida á una naturaleza pecadora: la Providencia la conservó exenta hasta de la más leve culpa, en medio de tantos peligros á que el mundo y el Infierno exponían continuamente su acendrada virtud. El Señor la elige entre todas las criaturas para el ministerio único, el más honorífico, el más sublime y elevado, para Madre de su eterno Verbo; y por un prodigio, que no tiene ni tendrá semejante, forma de su sangre purísima, por la virtud del Espíritu santo, y sin el más leve detrimento de su virginal pureza, la humanidad santísima de este Hombre-Dios. Y después de haber visto anunciada su divinidad por los Ángeles, publicada por los Cielos, adorada por los Magos y demostrada por innumerables prodigios, ha disfrutado sin interrupción de su amabilísima compañía por espacio de treinta y tres años, en los cuales no ha visto sinó rasgos extraordinarios de una virtud la más heroica, sin advertir jamás el menor defecto; una misericordia sin límites, que en ningún tiempo ha violado los derechos de la justicia; un amor, una bondad... Mas ¿cómo es posible recordar todo eso sin que se la oprima el

corazón de dolor, ó se divida en tantas partes cuantos son los recuerdos? porque el sentimiento no puede ménos de ser proporcionado á la pérdida; y si cuando se le desapareció de niño en Jerusalén, ántes aún de que pudiera dar testimonios prácticos de la grandeza de su alma, de la inmensidad de su amor, del poder omnipotente de su brazo, de la eficacia suma de su palabra, de su identidad con el eterno Padre; si entónces pudo ya esta Madre tierna, manifestarle la vehemencia del dolor que le había causado una separación de tan breve tiempo; ¿con qué expresiones, con qué afectos lo podrá manifestar ahora, después de haber conocido su infinito precio por sus palabras, por su doctrina, por sus virtudes, por sus milagros, por su incomparable beneficencia? ¿Ahora, que ya no espera hallarle entre sus parientes, en casa de sus amigos, en el Templo, ni en otra parte alguna, pues sabe que descansa en el frío sepulcro? ¡Ah! en lugar de las amorosísimas quejas que le dirigió en el Templo, inundada de alegría por haberle encontrado, repetirá ahora con una cruel ansiedad las que Él dirigió á su eterno Padre en lo más acerbo de su pasión, manifestándole la horrorosa situación en que le colocaba su abandono, ¿por qué, Hijo y Señor mío, por qué abandonas así á tu madre? ¡Madre!... ¡Ay! ya dejé de serlo con tu muerte! ¿Por qué, oh Dios mío, has de tratarme con un rigor tan ajeno de tu clemencia, siendo tan generoso con todos? ¡Oh! arrebatárame ántes la vida, la vida que yo te he dado. ¿Para esto tanta elevación, tanto engrandecimiento, tantas distinciones, tan singulares beneficios? ¡Ojalá, diría con el paciente Job, que jamás me hubieras extraído de mi humilde condición! en ella estaría mi alma satisfecha, tranquila, libre de los dolores que ahora la atormentan. ¿Será posible que haya yo sido elevada á la cumbre del honor y de la grandeza, solo para que el golpe de mi caída fuese más terrible, más doloroso, más inhumano? ¡Vida mía, amor mío, único consuelo de mi corazón! ¡ay! mi mal queda sin remedio; mi alma, traspasada con la fiera lanza, no se ejercitará más que en los suspiros, en el llanto, en las quejas, porque habiéndome faltado mi Hijo, no es posible que yo halle consuelo alguno.

Y por cierto; ¿en dónde pudiera buscarlo? El Hijo ya no existe; el Cielo, que ha descargado todo el peso de su indignación sobre el Criador, no será más compasivo con la criatura; los ángeles...; pero, si se presentaron al Salvador en lo más cruel de su agonía, fué solo para declararle, que era irrevocable el decreto de su muerte; los hombres... ¡Ah! *por eso estoy yo llorando, porque mis hijos se han perdido.* El único lenitivo que pudiera ofrecerse á su dolor, era el



saber, que con la pérdida de su Hijo natural se adquiriría una multitud de hijos adoptivos, que libres de la esclavitud, de la miseria y del pecado, adornados con la calidad de hijos de Dios, compañeros de su gloria, herederos de su reino, llenarían, en parte, los deseos de su amor acompañándola en su soledad, ya que no pudieran reparar completamente la pérdida de aquél; mas ¡ay! *mis hijos se han perdido, porque prevaleció el enemigo*: el Infierno, enemigo de todas sus glorias, acrecentado su orgullo, enardecido su furor, aumentada considerablemente su indignacion con la muerte afrentosa del Unigénito de Dios, se ocupa en remachar los hierros de la esclavitud en que gemían oprimidos los miserables hijos de Adán: este monstruo ha conseguido con sus sugerencias que conviertan los hombres en su propio daño el mayor de todos sus beneficios.

Si; la muerte del Hombre-Dios, que debía ser el origen de nuestra vida, la puerta de las misericordias y la fuente de la bienaventuranza, es, por nuestra monstruosa ingratitud, la ocasion de nuestra mayor desdicha; lo que irrita más el furor y la indignacion de Dios contra nosotros; lo que más nos aleja de su gracia; lo que nos hace más incapaces de perdon y de misericordia. Nosotros mismos nos hemos hecho reos del más enorme de los delitos, pidiendo, decretando y poniendo por obra la sentencia de una muerte infame en aquel Hijo de Dios, que nos amaba hasta ofrecer su sangre por merecernos la vida de la gracia. ¿Puede imaginarse un atentado más execrable? La naturaleza toda se ha cubierto de horror; el Cielo se ha robado á nuestra vista, escondiendo sus luces para ocultarnos el camino de la gloria; la tierra enfurecida ha abierto una multitud de bocas, para devorarnos y sumergirnos en los abismos; el hombre, solo justo en esto, ha pronunciado contra sí la sentencia más espantosa, declarándose responsable de la sangre infinitamente preciosa de su Dios. Es verdad, que los miserables que prorrumpieron en tan horrorosa imprecacion, pecaron de pura ignorancia, como dice el apóstol san Pablo, y aún creyendo hacer en ello un obsequio muy agradable al Señor; pero en esto mismo se conoce el predominio tan despótico que sobre ellos ejercía el enemigo, pues los cegó hasta el extremo de no dejarles ver la luz más brillante, y de impedirles el conocimiento de la más demostrada é interesante de todas las verdades.

Y ¿se conducen de otro modo los cristianos, á quienes no es permitido ignorar, ni aún abrigar la menor duda acerca de la divinidad de Jesucristo? ¿No le están crucificando de nuevo á todas horas, cuando desprecian su majestad, insultan su paciencia, huellan su ley,

por dar gusto á una carne de corrupcion y de pecado, á una vil y sórdida codicia, á una soberbia ruinosa y degradante, á un mundo de vanidad, de locura, de perdicion? ¿No llega su depravacion hasta el extremo de profanar los lugares, los tiempos, los misterios más sagrados? ¿No arrojan con un imperdonable vilipendio, no pisan con un execrable sacrilegio, no sepultan con el más horrendo ultraje el augusto sacramento del Cuerpo y Sangre del Señor en el lugar más inmundo, más hediondo, cual lo es un alma en pecado? Abominable monstruosidad! ¡qué estragos no causará semejante desventura en el corazón angustiado de María, cuando los nuestros, aunque pecadores, quedan oprimidos, consternados, deshechos en lágrimas, prorumpiendo secretamente en las mismas expresiones: *nos hemos perdido, porque prevaleció el enemigo*. Y ¡ojalá, que la despótica tiranía de Satanás se hubiera contentado con eso! pero pasa más adelante, conduciendo á los hombres á los mayores desórdenes. ¿Quién hubiera creído, que, entre los cristianos, se hallase quien tomase á su cargo el impugnar, ridiculizar, hacer una irrision diabólica de las verdades, de los misterios, de los sacramentos de Jesucristo?

Piadosos cofrades de María, á vosotros pertenece enjugar sus lágrimas, prestar algun consuelo á su dolor, mitigar su pena, dulcificar en algun modo la amargura de su soledad. Compadeceos de su triste situacion vosotros, á lo ménos, que os gloriáis de ser sus amigos, sus hijos. ¡Qué inmenso tesoro de gracias no os dispensa la Iglesia, por acudir al templo á acompañarla, recordando sus tormentos y angustias! No queráis privaros de tan imponderable beneficio, y á vuestra Madre de tan dulce consuelo por una indolente desidia: prestad atentos oídos á los lamentos con que esta desconsolada Señora se quejaría de vuestra ingratitud. *Enlutados están los caminos de Sion!* exclamaría entónces con el profeta (1): los caminos de este templo están consternados, horrorizados, al verse siempre desiertos, sin que nadie se digne venir por ellos á dar culto, á promover la gloria, á acabar con las penas de María: *gimiendo están sus sacerdotes* (2); oprimidos de dolor é inundados en lágrimas lloran la desercion y abandono del lugar santo, *y Ella oprimida de amargura* (3); y la Reina, soberana de la gloria, se ve en extremo afligida y angustiada con el desprecio y abandono de sus mismos hijos. No, amados hermanos

(1) THREN., I, 4.

(2) IBID.

(3) IBID.



míos; no añadais esta nueva afliccion á las aflicciones de esa Señora: emprended y emprendamos todos una vida penitente, virtuosa, caritativa, humilde, propia de unos verdaderos cristianos; y aprovechando la sangre del Cordero, y venciendo á nuestro comun enemigo, la consolaremos, gozando en su compañía del fruto de la pasion y muerte de su Hijo. Amen.

## NOTA.

AMOR HERMOSO: véase en el tomo V, de este TESORO MARIANO, su título: VIRTUDES DE MARÍA SANTÍSIMA, páginas 35 y 43, los discursos: AMOR DE DIOS, y AMOR AL PRÓJIMO; y particularmente en este mismo tomo, los de la advocacion de: CORTE DE MARÍA, y NUESTRA SEÑORA REINA DE TODOS LOS SANTOS.

CORAZON DE MARÍA: además del discurso del SAGRADO CORAZON, en este mismo tomo, véanse en el tomo VI de este TESORO MARIANO, su título: PANEGÍRICOS SOBRE LOS MISTERIOS DE MARÍA SANTÍSIMA, los dos discursos sobre el mismo asunto, páginas 295 y 303.

AVE MARÍA: véase en el tomo II de este TESORO DE ORATORIA SAGRADA, 1.ª parte: *Diccionario apostólico*, página 80.

SALVE REGINA: véase en el tomo XI de este TESORO DE ORATORIA SAGRADA, 1.ª parte: *Diccionario apostólico*, página 74.

NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD, para el Viernes Santo; además del discurso de este título, véanse el de las ANGUSTIAS GLORIOSAS en este mismo tomo, y el de DOLORES GLORIOSOS DE MARÍA, en el tomo VI: MISTERIOS DE MARÍA SANTÍSIMA, página 562.